

AGENDA CIUDADANA

EL PRI O LA CUADRATURA DEL CIRCULO

Lorenzo Meyer

Un Poco de Teoría.- A partir de 1929, la historia política de México no puede desligarse de la historia del PRI. Sin embargo, aunque no sea fácil de imaginar, el PRI simplemente pudo no haber nacido y la historia del México del siglo XX hubiera sido distinta. Sugerir que esa historia hubiera sido distinta no significa que necesariamente hubiera sido mejor, aunque esa posibilidad queda abierta.

En la teoría política no hay nada que permita afirmar que el nacimiento de un partido de Estado como resultó ser el Partido Revolucionario Institucional (PRI), era un desarrollo inevitable del tipo de fuerzas que desató la Revolución Mexicana. En buena medida, el PRI es producto de varios imprevistos, accidentes y coyunturas cuyos efectos fueron aprovechados por personajes que, ellos mismos, pudieron no haber estado en el lugar y la posición apropiada para aprovechar favorablemente circunstancias irrepetibles. Al final, lo coyuntural y lo estructural, terminaron por cristalizar en conductas colectivas predecibles –instituciones--, muy fuertes y cuyos efectos ya no tuvieron nada de fortuito o accidental y persisten hasta el día de hoy, aunque cada vez con mayor dificultad.

La teoría de los sistemas autoritarios (como también la de los totalitarios o la de las simples dictaduras) señala que uno de los problemas más difíciles que deben resolver ese tipo de arreglos políticos para prolongarse en el tiempo, es el de la transferencia del poder al nivel más alto de su estructura, que, en

nuestro caso, es la presidencia de la República. La sucesión en las democracias es un proceso rutinario, con reglas claras y procedimientos ampliamente aceptados y cuyos resultados, aunque inciertos, rara vez desembocan en crisis. En contraste, en la gran mayoría de los sistemas no democráticos, ese momento político, el del cambio de guardia en la cumbre, no tiene calendario ni, menos reglas claras, por ello pone en tensión a todos los actores y tiende a producir fracturas dentro de la élite del poder. Eso pasó, por ejemplo, en la Unión Soviética a la muerte de Lenin o de Stalin, y en menor medida en cada una de las sucesiones siguientes, hasta la que llevó de Mijail Gorbachov a Boris Yeltsin y destruyó lo que quedaba de la URSS. Para todos es evidente que la sucesión es hoy un problema central en Cuba.

En la propia historia mexicana tenemos claros ejemplos del fenómeno: el principio del fin del Porfiriato empezó cuando el tema de la sucesión de un dictador debilitado por la edad ocupó el centro de la agenda política nacional y soltó a los demonios de la competencia dentro del círculo oligárquico, primero para controlar la vicepresidencia y luego la mismísima silla presidencial.

Lo que le permitió al PRI llegar a ser lo que es hoy --el partido gobernante que por más tiempo en el mundo se ha mantenido de manera ininterrumpida en el poder, es que logró resolver la cuadratura del círculo: el problema de la sucesión pacífica en un sistema no democrático. En realidad, ese partido nació justamente de la inesperada y espléndida oportunidad que se le presentó en 1928 a la élite revolucionaria para resolver de manera permanente el problema de la sucesión sin tener que recurrir a la violencia ni a la democracia.

El Punto de Partida.- Desde el siglo XIX, en México se propuso que la no reelección fuera un requisito del proceso de renovación del poder a nivel presidencial para evitar las sangrientas pugnas dentro de la élite, como esa que llevó al general Porfirio Díaz a rebelarse contra Benito Juárez y sus reelecciones. En 1877 Díaz insistía en que la salud de la República –y del grupo liberal en el poder-- requería que el presidente no se quedara con el puesto hasta que la muerte lo retirara, como había sido el caso de Juárez. Sin embargo, para 1884 Díaz ya había cambiado de parecer y se reeligió; en 1911 debió ser desalojado violentamente de Palacio Nacional mediante una insurrección que volvió a insistir en el principio de no reelección como condición necesaria para que hubiera un sufragio efectivo. Esa insurrección de 1910-1911 se transformó en una revolución y en un nuevo régimen.

Un Disparo Providencial.- El segundo presidente electo desde que se promulgó la constitución del nuevo régimen fue el general sin derrotas, Alvaro Obregón. Poco tiempo después de dejar el poder en manos de uno de los suyos, Plutarco Elías Calles, Obregón decidió recuperarlo. Su decisión fue un orden para un congreso sin poder, que modificó la constitución, quitó el principio de no reelección si ésta no era inmediata y, tras deshacerse de sus enemigos dentro del ejército –que era la verdadera institución en que se asentaba el poder revolucionario—, procedió a llevar a cabo las elecciones de 1928. El nuevo triunfo de Obregón fue construido de forma tal que resultó como sus victorias militares: total y avasallador. Obregón se propuso recuperar la presidencia como el caudillo que era y no como abanderado de algún partido; en realidad, los

partidos que le apoyaron fueron actores secundarios, meros seguidores, pues en el centro del proceso estaban el general, su carisma y el ejército, lo demás resultó lo de menos.

Si Obregón hubiera asumido por segunda vez la presidencia, la Revolución Mexicana hubiera desembocado en un régimen de dictadura personal no enteramente diferente del que existía antes de esa revolución. Las siguientes elecciones, las de 1934, muy probablemente hubieran tenido de nuevo a Obregón como candidato y Calles hubiera pasado a la historia como el mero equivalente a Manuel González en 1880-1884 (un mero interludio entre reelecciones sucesivas) y el PRI nunca hubiera nacido por no ser necesario. Todo esto cambió inesperadamente cuando un personaje ajeno al proceso, José de León Toral, y por razones religiosas, decidió intercambiar su vida por la del último caudillo de la revolución y asesinar a Obregón cuando éste ya era presidente electo.

La acción de León Toral creó una crisis inmediata dentro del grupo en el poder pero, sin proponérselo ni imaginarlo, también abrió una oportunidad para que la política mexicana diera un gran salto hacia adelante.

La Cuadratura del Círculo.- Calles, un personaje relativamente secundario en el drama político antes de asumir la presidencia en 1924 y ejercer su poder siempre bajo la sombra de Obregón, de pronto se encontró libre del enorme peso de su protector y con una gran oportunidad entre manos. Calles estuvo a la altura de las circunstancias: a falta del carisma y poder personal de Obregón, decidió crear un gran partido que sirviera de marco para que la nueva

élite política dirimiera sus conflictos sin violencia y estableciera sus acuerdos y, sobre todo, para manejar los procesos de sucesión política de manera que no resultaran disfuncionales a sus intereses personales y de su grupo. Para lograrlo, Calles reimpuso el principio de no reelección para los cargos de presidente y gobernador. Y fue así como y para lo que nació el Partido Nacional Revolucionario (PNR), pieza clave desde el inicio, pero sólo gracias a la intervención de José de León Toral.

Lo que Faltaba.- Antes del PNR — el PRI en su primera encarnación--, cada sucesión presidencial fue motivo de una crisis seria, derramamiento abundante de sangre y purgas dentro de la élite: la rebelión de Agua Prieta en 1920, la rebelión delahuertista en 1923, la frustrada rebelión de Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez en 1926 y todavía la rebelión escobarista en el momento mismo en que nació el partido, en 1929. Pero para que el PNR cumpliera bien su cometido de institucionalizar el proceso de sucesión y evitar nuevas cuarteaduras dentro del círculo del poder, le faltaban elementos que Calles simplemente no pudo o quizo darle.

Para mantener pacíficamente y eficientemente el control del proceso político nacional, el nuevo partido necesitaba contener dentro de sí al grueso de los actores políticos y, por tanto, a los principales sectores que esos actores representaban. Quien logró ese ensanchamiento del partido fue el presidente Lázaro Cárdenas al transformar al PNR en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en 1938. En vez de ser una organización de los políticos profesionales como era el PNR, el PRM fue ya una agrupación de masas, que incorporó a

campesinos y trabajadores organizados. El precio de esa transformación fue la reforma agraria y el apoyo del gobierno a los sindicatos. Industriales, comerciantes y banqueros se quedaron fuera del PRM pero finalmente no en oposición al partido sino a un lado y, con el paso del tiempo, como colaboradores y apoyo político y económico.

El cardenismo, cuya política social fue decisiva para hacer del partido del gobierno la gran maquinaria de control social en que se convirtió a partir de 1938, tampoco fue el resultado de una fuerza inevitable. En 1933-1934, el verdadero líder del PNR, Calles, pudo haberse opuesto a la selección del joven general Lázaro Cárdenas como candidato presidencial. En ese momento el llamado “Jefe Máximo de la Revolución Mexicana” tenía el control total del partido (por ello pudo poner como presidente a Pascual Ortiz Rubio en 1930 a pesar de que el grueso de la élite política hubiera preferido a Aarón Sáenz). Calles hubiera podido imponer como candidato del PNR al muy conservador general Manuel Pérez Treviño de haber sospechado que el programa de Cárdenas incluía, en la realidad y no únicamente en el papel (el Plan Sexenal), una reforma agraria a la que de tiempo atrás él se oponía abiertamente y una política nacionalista a la que él había renunciado tras su acuerdo con el embajador norteamericano Dwight Morrow en 1927. Calles no consideró que Cárdenas se saliera de su control, pero se equivocó.

Con un partido tan ligado al gobierno que se confundía con él, incluyente y finalmente comprometido con la no reelección y con el puntual cambio sexenal, el problema de la sucesión sin democracia quedó resuelto por largo

tiempo en México, al menos mientras se pudiera evitar el surgimiento de actores importantes independientes.

Lo que no Fue.- La historia contrafactual --suponer lo que finalmente no sucedió aunque sin violentar los principios de la lógica y ni olvidar los grandes procesos de la época-- tiene claras limitaciones, pero también puede ser un telón de fondo que sirve para entender lo que finalmente si ocurrió.

Sin el partido de Estado creado por Calles gracias a la muy oportuna desaparición de Obregón, el ejército hubiera sido la principal institución política de México en los años treinta y cuarenta. Y ese ejército era ya entonces una institución más bien conservadora, antiagrarista y con pocas simpatías por los obreros organizados. En esas condiciones, el proceso al que hubiera dado lugar la combinación de reelección del caudillo y centralidad de las fuerzas armadas, se hubiera asemejado mucho al que tuvo lugar en otros países de América Latina, algo no particularmente deseable.

Sin la llegada a la presidencia de Cárdenas, la reforma agraria hubiera sido muy limitada y su relación con el sindicalismo hubiera sido tan tirante como lo fue la del PNR de Calles con la CROM. De haber sido ese el caso, el PRM no hubiera tenido el carácter tan incluyente que finalmente logró y transmitió a su sucesor, el PRI. Finalmente, sin el PRI, la estabilidad política mexicana del siglo XX probablemente no hubiera existido, pero la transición a la democracia tampoco hubiera enfrentado a ese formidable obstáculo que hoy es el PRI.